



El ALEGRE BANDO

El Alegre Bando

José Lupina

El Alegre Bando



El alegre bandolero

Ingenioso y alegre asunto musical

Dirección

ROUBEN MAMOULIAN

Producción

PICKFORD-LASKY

para

UNITED ARTISTS

Exclusiva

CEPICA

Distribución

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Principales intérpretes: NINO MARTINI—IDA LUPINO—LEO CARRILLO—MISCHA AUER

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

EL ALEGRE BANDOLERO

SINTESIS DEL ARGUMENTO

En el sucio y sofocante cinematógrafo de una ciudad mejicana de la frontera, por un alarde de heroísmo de la gerencia, se proyectó una película de gangsters. En los sencillos cerebros de los espectadores produjo una impresión de horror la serie de rápidos y crueles escenas que contemplaban: únicamente una parte de ellos, precisamente la más levantisca y peligrosa, aceptó con vitores y alegría los sumarios procedimientos de poner fin a la vida de sus enemigos. Con decir que la mandaba Pablo Braganza queda explicado todo; sin embargo, la paciencia del resto de las personas se agotó y las interrupciones acabaron de una manera definitiva. Un borracho levantó la botella y la estrelló contra la cabeza del jefe de los bandoleros.

Durante unos diez minutos Braganza y los suyos lucharon con cuantos se les ponían delante, sin hacer caso de las protestas y súplicas del director del local. La pelea crecía y amenazaba con arruinar el cine; llovían los puñetazos, gritaban los golpeados, chillaban las mujeres... El director, sin saber a qué santo encomendarse, buscó a Chivo, el maravilloso y novel cantante de la ciudad, y lo envió al escenario con el encargo de que apaciguase a las fieras. Pero antes Braganza y Chivo se encontraron cara a cara y la putada que el segundo propinó al primero dio origen a esta historia.

La canción "Adiós mi tierra" fue trocando aquel mar revuelto en una balsa de aceite. El público y los bandoleros fueron atraídos por ella y la corearon con frenéticas aclamaciones. Al finalizar, una avalancha de sombreros casi ocultó al cantante.

Braganza ordenó a dos de sus secuaces que aprisionaran a Chivo y lo llevaran a su presencia. Mientras su orden era cumplida, con alguna dificultad, puesto que el joven no se

asustó por las armas que le apuntaban, el jefe anunciaba sus propósitos de montar su "industria" según los más modernos procedimientos norteamericanos. Todos, salvo Campo, su lugarteniente, y Diego, un indio que jamás hablaba, acogieron alborozados la idea: Braganza sería el enemigo público número uno mejicano. La providencial llegada de Chivo evitó la oposición que leía en los rostros de sus fieles compañeros.

El cantante soportó el abrazo del bandolero y se vió ascendido a teniente, a capitán, a general, a cambio de qué se uniera a él, pues deseaba a la música, la necesitaba en sus correrías. Negóse; su carrera no le permitía el lujo de ingresar en la cuadrilla. Inició el bandolero y Chivo empezaba a imaginar que era un pobre hombre, cuando un episodio le sacó de su engaño.

Dos de sus hombres habían capturado a un traidor, a cierto López, acusado de dar muerte a un bandido. A pesar de sus súplicas, Braganza decretó su muerte, el condenado protestó y, luego, viendo que no alcanzaba el perdón, sacó una pistola y escudó al jefe. Éste, sin perder su sonrisa, sacó rápidamente su arma y con un certero disparo lo tendió muerto a sus pies.

En cuanto hubo presenciado Chivo la serenidad y la poca importancia que Braganza concedía a la vida ajena, ni se oponía a sus planes, sintióse preocupado, aunque no asustado. No obstante, no tuvo tiempo de dar otro rumbo a su conducta, pues el bandolero, a quien era muy simpático y anhela conquistar, tuvo una idea y dió la orden de partida a sus subordinados.

—¿Dices que te gusta cantar por la radio?

Pues iba a cantar. Tal fue el motivo de que la banda irrumpiera en la estación radiofónica y amenazase con sus

armas a los petrificados ocupantes del edificio de la misma, desde el atildado director hasta el más oscuro músico. El espanto y el súbito silencio que siguió a la aparición de Braganza fueron advertidos desde la jefatura de policía, pero una vez reanudada la sesión, a ruegos de Braganza, reinó otra vez la tranquilidad. ¡Era un reclamo!, pensó la policía.

Le llegó el turno a Chivo. El jefe de los bandoleros cogió el micrófono y anunció a los radioescuchas que iban a oír a su cantante particular. El joven no se atrevía a dar crédito a su suerte, pero pronto comprobó que no soñaba. Braganza obligó a la orquesta a que tocara "Aida" y se halló cantando maravillosamente el aria de tal ópera.

Chivo se olvidó de sus escrúpulos, de las armas que crispaban las manos de sus forzados auxiliares, de la sorpresa y de la delicia de todos, cantaba con todo su ser y el aplauso de los bandoleros y de los empleados de la radio fue el premio entusiasta de su arte. Mas Braganza se encargó de estropear el efecto.

Con innegable orgullo, se apoderó otra vez del micrófono, del que tuvo que arrancar al anunciador.

—Señoras y caballeros, este especial programa lo dehen ustedes a una gentileza de Pablo Braganza, el bandido... ¡Adiós!

Su osadía produjo un efecto indescriptible en la jefatura de policía. Los defensores de la ley se pusieron en movimiento y los automóviles que los transportaban llegaron como una exhalación a la emisora. Pero ya era tarde; Braganza había desaparecido. Mas no de la ciudad, pues no era hombre asustadizo. Quería que Chivo se vistiera de bandolero y para ello se dirigió al mesón, en donde, por otra parte, le esperaban sus raudos corceles. Regaló una de sus pistolas al cantante, charló, bebió una copa, se rió, sin dar muestras de apresuramiento hasta que Campo, con más sensatez, logró convencerle de que era necesario poner los pies en polvorosa. Minutos más tarde llegaban a las afueras de la ciudad y la policía encontraba el mesón vacío.

La fuga de Braganza, sus repuestas, que se clavaban en los costados de su corcel y su fértil ingenio, condujeron a sus hombres al desierto. Allí la policía no podría perseguirlos y estarían a salvo, puesto que los automóviles no podían adentrarse en la maleza ni esquivar las púas de los

gigantescos cactus. Y así ocurrió. El camino seguido por Braganza moría ante un muro inexpugnable de pitas y varios policías patinaron en sus motocicletas, rodando por el suelo.

—Es inútil. No hay modo de acabar con esto. Bueno, ¡hasta la próxima!—exclamó el capitán.

La marcha hacia el escondrijo de Braganza continuó con más sosiego y, mientras esquivaban los obstáculos del terreno, el jefe se entregó a una poética descripción de la vida de los bandoleros, intentando convencer a Chivo de sus inmensas ventajas. Pero Campo se encargó de interrumpirlo, señalando a una mancha oscura que avanzaba por la carretera. Era un automóvil grande y veloz y, puesto que Braganza estaba empeñado en implantar los métodos modernos de bandidaje, la ocasión era ni que pintada para empezar.

En el mencionado automóvil iban una joven, muy bella, y un muchacho, muy asustado, que se dirigían a la frontera. En el desierto habían escuchado la voz de Chivo, emitida por la radio, pero ni uno ni otro habían prestado mucha atención. Estaban preocupados por regresar a los Estados Unidos, habiendo fallado su plan de casarse a hurtadillas del padre del joven.

Braganza, decidido a que el aprendizaje de Chivo en su nueva profesión se iniciase cuanto antes, le envió, sin hacer caso de sus protestas, que acabaron al ver su pistola, seguido de dos bandidos, a capturar el coche. El encargo y la situación eran terribles para una persona honrada como el cantante y pronto empezó a demostrar que iba a cometer error tras error.

Sallieron a la carretera y detuvieron el coche. Chivo se quedó boquiabierto ante la belleza de Jane y todo su espíritu se sublevó ante la idea de lo que iba a suceder, pero sus dos compañeros se mostraron implacables y tuvo que descabalgar para cachearles. Jane estaba irritada por el incidente y no parecía dispuesta a tomar en serio a los bandoleros. Esto enfadó a Chivo. Se había enamorado fulminantemente de ella y creía representar un papel romántico. Registró a Bill, que temblaba, sudando de miedo, y no encontró sobre él ningún arma y se encaró con Jane.

Braganza contemplaba muy satisfecho la escena. El chamaco, como llamaba a Chivo, era una maravilla, a pesar de que Campo no estuviera dispuesto a confesarlo así. Pero sucedió algo que dió la razón al segundo. Jane, antes de que el cantante pudiera percatarse de lo que sucedía, le arrancó el arma de la mano y no sólo refrenó el gesto que hacía de precipitarse sobre ella, pero asimismo obligó a los otros dos bandoleros a que tirasen las suyas al suelo, mientras ordenaba a Bill que pusiera el motor en marcha.

Pero Braganza era lo suficientemente experto para poder subsanar los errores de los demás. En un abrir y cerrar de ojos, volteó su lazo y lo arrojó al espacio, apresando, entre grandes risotadas de sus hombres, a Chivo y a Jane. Luego se presentó a sí mismo y anunció que se apoderaba de su coche.

Chivo, seducido por la belleza de Jane, intervino en su favor. Bill protestó, la joven confesó que habían cruzado la frontera para casarse, pero sin conmover a Braganza. Temdrían que volverse a pie a la frontera. Bill, livido y gimoteando, gritó:

—No pueden hacerlo. Mi padre es P. Wharton Shay y les mandaré "cruciar".

Esa palabra interesó a Braganza, aunque no sabía en dónde la había escuchado; además había oído hablar de P. Wharton Shay. Era el hombre más rico e influyente de los tiempos modernos. Todo ello dió un nuevo giro a los acontecimientos y a los planes del bandolero. Con un gesto cortés abrió la portezuela del automóvil y metió a sus capturados en el interior, volando hacia su hacienda entre una nube de polvo.

Una vez en la guarida de Braganza, éste cedió su propia habitación a sus víctimas, a los que creía casados erróneamente, y les deseó toda suerte de felicidad, dejándoles solos. En realidad, no estaban casados: habían llegado demasiado tarde a casa del juez. Pero esto hubiera importado poco a su misión, entregado a trabajos de más urgencia.

Obligó a Chivo, mientras él se desnudaba casi totalmente, a redactar una carta en que exigía un crecido rescate al padre de Bill, por él y por su esposa. La redacción fué motivo de disputa, pues Braganza y Campo no se ponían de acuerdo sobre la forma de saludar al magnate. Por último, llegó el

momento cumbre. El bandolero enseñó a sus compinches la carta sin firmar y poco después, habiendo sudado y luchado mucho con la pluma, se levantó sosteniendo el fruto de sus sudores. ¡Había firmado! Braganza era muy culto.

Faltaba aún algo que reforzase las amenazas de la petición de rescate. Hizo presentar a Bill y le cortó la mitad de su corbata y las iniciales de la camisa, saliendo a continuación el automóvil robado en dirección de la frontera, a donde se encaminaba en busca del apoyo de Butch, el tercer hombre más malo de la nación vecina, encargando a Chivo de la custodia de sus prisioneros.

Bill, al regresar de su último encuentro con Braganza, en que había perdido parte de su indumentaria, anunció a Jane que la situación era insostenible. Su miedo había llegado al rojo blanco y estaba decidido a todo, hasta a sacrificar su amor y su dignidad por verse libre. Tanto suplicó, tanto gimoteó, que su novia, notando que su amor por él había muerto, cedió a sus instancias y se marchó de la habitación determinada a seducir a Chivo, a quien sabía enamorado de su persona.

No costó mucha vencer la resistencia del cantante en dejarles escapar. Unicamente hubo un momento en que Bill estuvo a punto de echar a perder todo, ofreciéndole dinero, pero Jane se apresuró a horrar la equivocación del muchacho, haciendo más insinuante su encanto.

Sin embargo, Chivo no era tonto. Cedió, en verdad, pero parcialmente. Rápidamente trazó un plan para que Bill y Jane escapasen. Sólo tenían que esperar a que él cantase, lo que haría descuidarse a los centinelas, y Bill correría hacia la puerta, mientras que Jane seguiría un camino distinto.

El plan se deslizo como una seda. Chivo saludó a sus compañeros y coreó su canción. Jane y Bill salieron sigilosamente de la habitación y volaban hacia la puerta principal. La canción de Chivo llegaba a su fin. Teoría que ganar tiempo y sin darse descanso inició "Cielito Lindo" con crecienté éxito.

Bill se había perdido en la noche del desierto cuando acabó el cantante de ejecutar su astucia, pero Jane estaba en una situación distinta. Uno de los bandidos la había sorprendido huyendo y la persiguió con malévolas intenciones. No faltaba mucho para que derribase la puerta de la cabaña

donde ella se refugiara, cuando se presentó Chivo y le dejó sin sentido de un culatazo. A continuación introdujo la cabeza por el agujero que había abierto el puño del bandido y rogó a Jane que le franqueara la entrada.

Pero la joven no estaba dispuesta a ello. Se sabía engañada y la irritación dominaba a cualquier otro sentimiento. Logró penetrar Chivo y los dos se miraron como enemigos mortales. Siguió una violenta escena; Chivo estaba seguro de que Jane le amaba y ésta luchaba por librarse de sus demostraciones de amor, con que el cantante intentaba demoler la barrera que su astucia había alzado entre los dos. Dos veces cayó la joven en sus brazos y otras tantas se libró de ellos, arrojándole cuantos objetos encontraba a su alcance, pero fue vencida y entonces se echó a llorar llena de amargura y de rabia.

Las lágrimas de Jane pudieron lo que no habían logrado sus protestas, venciendo la obstinación de Chivo, el cual, arrepentido de su pasión y de los extremos a que le había conducido, le confesó su amor y suplicó su perdón. Fácilmente lo obtuvo y salieron fuera de la habitación, entrando en el jardín de la hacienda.

Se ofrecieron excusas por el engaño. Una dama no podía amar a un bandido como él. Jane replicó que él no era un bandido y que ella trabajaba para ganarse la vida, que su canto era el de un verdadero artista... Las barreras que los distanciaban iban cayendo una a una y cuando Chivo cantó lo que su corazón le dictaba, Jane comprendió que también le quería.

Mientras tanto, Braganza había regresado de su viaje y sus hombres le victoraron. El hombre que mandó a buscar a Bill regresó desfavorido con la noticia de que el pájaro había volado. Estalló una violenta disputa entre Campo y el jefe, al asegurar el primero que el traidor era Chivo. Este, comprendiendo la causa de las voces y de la muerte que le esperaba, ordenó a su amada que huyera mientras él hacía frente a la situación; pero Jane, en lugar de obedecerle, esperó escondida a ver la suerte que le esperaba.

La decepción de Braganza al declararle Chivo que él era el traidor fué un motivo de satisfacción para Campo, que no simpatizaba con las debilidades del cabecilla. Braganza, in-

capaz de dominarse, ordenó que su protegido fuera fusilado al punto.

—Sólo deseaba contarle "Mamacita mía"—aseguró éste.

Campo, que se había encargado del fusilamiento del traidor, jamás había encontrado un reo semejante a él. No sólo se empeñaba en charlar por los codos y en adoptar actitudes indignas de un ajusticiado, sino que no demostraba el menor miedo, rechazando la venda para los ojos y los cigarrillos del jefe del piquete. Quería cantar, a pesar de las amenazas de Campo, aquella canción, que atormentaba la memoria de Braganza, sentado en una piedra. El fin de Chivo estaba próximo, cuando el silencioso Diego intervino, llenándoles de espanto y de asombro.

Acusó a Braganza de querer importar sistemas modernos, de querer jugar socio, de matar a un hombre porque amaba a una mujer y, finalmente, de negarse a realizar su última voluntad. El efecto fué aplastante y salvó a Chivo que, recibiendo la orden de cantar, les amansó de tal manera que cuando Braganza propuso retrasar la ejecución hasta el día siguiente, todos la aceptaron con alegría.

Lo demás fué fácil gracias a Jane. Salíó de su escondite y amenazó con la pistola que Chivo le había entregado, a su guardián, librándose de él. Se apoderaron del auto de Bill, lanzándole contra la puerta de la hacienda que saltó hecha pedruzcos, y no tardaron en estar a salvo.

Butch y una gangatera, al otro lado de la frontera, decidieron intervenir en los planes de Braganza, ayudándole en ellos y quedarse el botín y cuanto tuviera entre sus manos, como remuneración a sus enseñanzas. Y entraron en México.

Jane y Chivo, en su precipitada huida hacia los Estados Unidos, encontraron a Bill en la carretera. Sin decir una palabra respecto a sus intenciones, el cantante bajó del vehículo, lanzando una postrer mirada a la joven.

—Usted debe marcharse sola con su esposo—aseguró.

El no temía nada, había libertado a la mujer que amaba y era feliz, deseando para aceptar sus invitaciones de que fuera con ellos y contemplar el espectáculo de su dicha. Estaba el automóvil muy lejos cuando Jane salió de su asombro, gritando:

—Yo no estoy casada...

Entonces Chivo se juró que la buscaría en donde estuviera. Pero Bill y Jane no fueron muchas millas más allá y de ello se encargó Butch, saliéndoles al paso y reconociéndoles. Les apresó y entró triunfalmente en la hacienda de Braganza; en tanto protector le aconsejó que descansase, puesto que lo debía necesitar cuando sus prisioneros se le escapaban con tanta facilidad, y él encargaría a sus hombres de la vigilancia. Y así se hizo, entre el mal humor de los mejicanos.

Tres días más tarde Chivo, cuya cabeza había sido puesta a precio, fué apresado cuando se disponía a pedir auxilio monetario al director del teatro en donde trabajara. Llevado a la jefatura de policía, instado a que declarase el escondijío de Braganza por un detective norteamericano, se negó a ello, puesto que significaría la muerte para muchas personas, comunicando un plan para salvar a Jane y a Bill al jefe de policía.

Las cosas en el rancho iban de mal en peor. Los gangsters, ensobrecidos por su admirada y cacareada superioridad y burlados, por otra parte, en el cobro del rescate, se habían malquistado con los bandoleros. Hasta la misma paciencia y cortesía de Braganza se esfumó y dando una orden a Campo se decidió a intervenir.

Como suponía acertadamente Chivo, los bandoleros y los gangsters, a los que vigilaban los primeros, escuchaban sin descanso la radio, esperando la noticia de que sus proposiciones habían sido aceptadas. Cantando, pues, por ella, se puso al habla con Braganza, que inmediatamente reconoció su voz. Chivo cantó como jamás lo había hecho para salvar a la mujer que amaba, y luego advirtió al bandolero del engaño en que los aliados le tenían, aconsejándole que libertara a sus prisioneros. Y Braganza aceptó la sugerencia sin preocuparse de las amenazas de los americanos.

Butch fué el que rompió las hostilidades al querer maltratar a Jane. Braganza le contuvo, recibiendo en pago la advertencia de que a la segunda vez que lo hiciera le dispararía un tiro. Aquello era bastante para enardecerle. Se

rió de Butch, haciéndole retroceder hasta el sitio en que Diego le dejó sin sentido de un garrotazo. Se hicieron los bandoleros dueños de la situación y Braganza les anunció que, a partir de aquel momento, serían unos honrados bandidos corrientes, siendo aclamado.

Chivo no tuvo que esperar mucho para ver a Braganza, que demostrando su auténtico valor y su caballerosidad, se presentó en la jefatura de policía, sin hacer caso de las armas que le apuntaban. Propuso al capitán el cambio de Butch y de sus hombres y de Bill por Chivo. En cuanto a la muchacha la reservaba para su chamaco. Tras de algunas dudas aceptó el jefe de policía e inmediatamente aparecieron los aliados, lo que confirmaba que Braganza era un hombre que cumplía su palabra.

Chivo estaba en libertad y únicamente Braganza deseaba que le dieran un cuarto de hora de ventaja para marcharse a sus dominios, y el jefe de la policía cerró el trato con un apretón de manos, aunque para mantenerlo tuvo que esforzarse al detective norteamericano, menos puntilloso en cuestiones de honor.

Jane esperaba en el mexón el resultado de la empresa del bandolero, rodeada del resto de sus hombres, cuando a sus oídos llegó la voz de Chivo cantando la canción que compusiera para ella la memorable noche de su frustrado fusilamiento. Inmediatamente corrió a él y cambiaron una mirada que llenó de gozo a Braganza. Podía estar seguro de que era un buen autor de felicidad.

El tiempo urgía. El plazo concertado con la policía había llegado a su fin. Los bandidos montaron en sus nerviosos caballos y a Campo le costó mucho trabajo despegar a Braganza del lado de ambos jóvenes; por último lo consiguió cuando ya se oían las sirenas de los vehículos de la justicia. Les estrechó la mano y dijo:

—Chamaco, quiero oírte cantar mientras me alejo.

Así lo hizo Chivo y Jane le acompañó desde su cotarón, mientras se esfumaba para siempre de sus vidas el honrado bandolero que había labrado para ellos el camino de la fama y de la felicidad.



La asamblea contra la cabecera del jefe de los bandoleros.



Su asenso no le permitió al jefe de ingresar en su cuadrilla.



Sin perder su sonrisa, así rápidamente se alistó.



Dió la orden de partida a sus subordinados.



Amusado con sus amigos a los petulantes compadres del estirio.



El joven no se atrevió a dar crédito a su suerte.



...las armas que resistían las manos de sus forzados auxiliares.



Logró convencerte de que era necesario poner los pies en polvorosa.



Minutos más tarde llegaban a las ruinas de la ciudad.



La fuga de Hingston, sus expediciones que se llevaban en los instintos de su animal.



Salieron a la carretera y detuvieron el coche.



El hombre envió a sus campesinos la carta sin firmar.



Se frustró mostrando el estado de sus nudos.



Amonizó a Juan que la situación era inevitable.



No costó mucho vencer la resistencia del cantante.



Bill estuvo a punto de echar a perder todo.



Chivo saludó a sus compañeros y avisó la salida.



La reunión de Chivo llega a su fin.



Sin darse cuenta inició "Cielito Lindo".



Y se dejó sin control de un colapso.



Introdujo la cabeza por el hueco.



Los dos se miraron como enemigos mortales.



Chico cantó lo que en corazón le dictaba.



Eragana había regresado de su viaje.



Estalló una violenta disputa entre Campo y el jin.



Ordenó a su amada que huyera.



Braxton, incapaz de dominarlo, ordenó que su protegido fuera fusilado.



Quería ceder, a pesar de las amenazas de Campo.



El Sr. de Chivo estaba próximo.



Salvó a Chivo que, recibiendo la orden de salir, los amarró.



Encontraron a Bill en la carretera.



Lejando una postre mizada a la jorón.



Chico cantó como siempre le había hecho.



Brigada aceptó la sugerencia sin presurpate de sus amos.



Brigada se amoro.



Diego le dijo sin acorda de un invitado.



Sin hacer caso de las armas que le apuntaban...



Jana esperaba en el mesón el resultado de la empresa.



Cambiaron una mirada que pasó de gozo a llanto.



(Chivo salió para Bregato y Jana lo acompañó desde su cuna).



F. B.

Coleman T. G. J. SOLER
Providence, 100 - Barrington

2002
"FELICITY DOLLY"